

las relaciones morales, y se verá por qué los pueblos que son objeto de observacion quedan conocidos solo en la corteza, y cuánto debe desconfiarse entonces de todas las narraciones relativas á religion y costumbres.

Juzgue el lector si esto es aplicable cuando se trata de apreciar debidamente el valor de lo que sobre los bárbaros nos cuentan los romanos: basta fijar la vista en aquellas escenas de sangre y horrores prolongadas por siglos, en las que se veía de una parte la ambicion de Roma, que no contenta con el dominio del orbe conocido, queria estender su mando hasta lo mas recóndito y escabroso de las selvas del Norte, y de otra, resaltaba el indomable espíritu de independencia de los bárbaros que rompían y hacian pedazos las cadenas que se pretendia imponerles, y destruian con briosas acometidas las vallas con que se esforzaba en encerrarlos en los bosques la estrategia de los generales romanos.

Como quiera, siempre es muy arriesgado buscar en la barbarie el origen de uno de los mas bellos florones de la civilizacion, y explicar por sentimientos supersticiosos y vagos, lo que por espacio de muchos siglos forma el estado normal de un gran conjunto de pueblos, los mas adelantados que se vieron jamas en los fastos del mundo. Si estos nobles sentimientos que se nos quieren presentar como dimanados de los bárbaros, existian realmente entre ellos, ¿cómo es que no perecieron en medio de las transmigraciones y trastornos? Si nada ha quedado de aquel estado social, ¿serán cabalmente estos sentimientos lo único que se habrá conservado, y no como quiera, sino despojados de la supersticion y groseria, purificados, ennoblecidos, transformados en un sentimiento racional, justo, saludable, caballeroso, digno de pueblos civilizados? Tamañas aserciones presentan á la primera ojeada el carácter de atrevidas paradojas. Por cierto que cuando se ofrece explicar grandes fenómenos en el orden social, es algo mas filosófico buscar su origen en ideas que hayan ejercido por largo tiempo vigorosa influencia sobre la sociedad, en las costumbres é instituciones que hayan emanado de esas ideas, en leyes que hayan sido reconocidas y acatadas durante muchos siglos, como establecidas por un poder divino.

¿A qué, pues, para explicar la consideracion de que disfrutaban las mugeres europeas, recurrir á la veneracion supersticiosa tributada por pueblos bárbaros allá en sus salvages guaridas á Ve-

lleda, á Aurinia ó á Gauna? La razon, el simple buen sentido, nos están diciendo que no es este el verdadero origen del admirable fenómeno que vamos examinando; que es necesario buscar en otra parte el conjunto de causas que han concurrido á producirle. La historia nos revela estas causas, mejor diremos, nos las hace palpables; ofreciéndonos en abundancia los hechos que no dejan la menor duda sobre el principio del cual ha dimanado tan saludable y trascendental influencia. Antes del Cristianismo, la muger estaba oprimida bajo la tirania del varon, poco elevada sobre el rango de esclava: como débil que era, veíase condenada á ser la víctima del fuerte. Vino la religion cristiana, y con sus doctrinas de fraternidad en Jesucristo, y de igualdad ante Dios, sin distincion de condiciones ni de sexos, destruyó el mal en su raiz, enseñando al hombre que la muger no debia ser su esclava sino su compañera. Desde entonces la mejora de la condicion de la muger se hizo sentir en todas partes donde iba difundiendo el Cristianismo; y en cuanto era posible atendido el arraigo de las costumbres antiguas, la muger recogió bien pronto el fruto de una enseñanza que venia á cambiar completamente su posicion, dándole, por decirlo así, una nueva existencia. Hé aquí una de las primeras causas de la mejora de la condicion de la muger: causa sensible, patente, cuyo señalamiento no pide ninguna suposicion gratuita, que no se funda en conjeturas que salta á los ojos con solo dar una mirada á los hechos mas conocidos de la historia.

Ademas: el Catolicismo con la severidad de su moral, con la alta proteccion dispensada al delicado sentimiento del pudor, corrigió y purificó las costumbres; así realzó considerablemente á la muger, cuya dignidad es incompatible con la corrupcion y la licencia. Por fin, el mismo Catolicismo ó la Iglesia Católica, y nótese bien que no decimos el Cristianismo, con su firmeza en establecer y conservar la monogamia y la indisolubilidad del matrimonio, puso un freno á los caprichos del varon, y concentró sus sentimientos hácia su esposa única é inseparable. Así, con este conjunto de causas pasó la muger del estado de esclava al rango de compañera del hombre; así se convirtió el instrumento de placer en digna madre de familia rodeada de la consideracion y respeto de los hijos y dependientes; así se creó en las familias la identidad de intereses, se garantizó la educacion de los hijos,

resultando esa intimidad en que se hermanan marido y muger, padres é hijos, sin el derecho atroz de vida y muerte, sin facultad siquiera para castigos demasiado graves; y todo vinculado por lazos robustos pero blandos, afianzados en los principios de la sana moral, sostenidos por las costumbres, afirmados y vigilados por las leyes, apoyados en la reciprocidad de intereses, asegurados con el sello de la perpetuidad y endulzados por el amor. Hé aquí descifrado el misterio, hé aquí explicado á satisfacción el origen del realce y de la dignidad de la muger europea, hé aquí de dónde nos ha venido esa admirable organizacion de familia que los europeos poseemos sin apreciarla, sin conocerla bastante, sin procurar cual debiéramos su conservacion.

Al ventilar esta importante materia he distinguido de propósito entre el cristianismo y el Catolicismo, para evitar la confusion de palabras que nos habria llevado á la confusion de las cosas. En la realidad, el verdadero, el único cristianismo es el Catolicismo, pero hay ahora la triste necesidad de no poder emplear indistintamente estas palabras: y esto no solo á causa de los protestantes, sino por razon de esa monstruosa nomenclatura filosófico-cristiana que no se olvida jamas de mezclar el cristianismo entre las sectas filosóficas; ni mas ni menos que si esa religion divina no fuera otra cosa que un sistema imaginado por el pensamiento del hombre. Como el principio de la caridad descuellan en todas partes donde se encuentra la religion de Jesucristo, y se hace visible hasta á los ojos de los incrédulos, aquellos filósofos que han querido permanecer en la incredulidad, sin incurrir empero en la nota de volterianos, se han apoderado de las palabras de fraternidad y de humanidad, para hacerlas servir de tema á su enseñanza, atribuyendo principalmente al cristianismo el origen de esas ideas sublimes y de los generosos sentimientos que de ellas emanan. Así aparentan que no rompen con toda la historia de lo pasado, como lo hiciera allá en sus sueños la filosofia del siglo anterior, sino que pretenden acomodarlo á lo presente, y preparar el camino á mas grande y dichoso porvenir.

Pero no creais que el cristianismo de esos filósofos sea una religion divina: nada de eso: es una idea feliz, grandiosa, fecunda en grandes resultados, pero no es mas que una idea puramente humana. Es un producto de largos y penosos trabajos de la humanidad. El politeismo, el judaismo, la filosofia de Oriente,

la de Egipto, de Grecia, todo era una especie de trabajo preparatorio para la grande obra. Jesucristo, segun ellos, no hizo mas que formular ese pensamiento que en embrion se removía y se agitaba en el seno de la humanidad: él fijó la idea, la desenvolvió, y haciéndola bajar al terreno de la práctica, hizo dar al linaje humano un paso de inmensa importancia en el camino de la perfeccion á que se dirige. Pero en todo caso, Jesucristo no es mas á los ojos de esos filósofos, que un filósofo en Judea, como un Sócrates en Grecia, ó un Séneca en Roma. Y no es poca fortuna si le conceden todavía esa existencia de hombre, y no les place transformarle en un ser mitológico, convirtiendo la narracion del Evangelio en una pura alegoría.

Así es de la mayor importancia en la época actual el distinguir entre el cristianismo y el Catolicismo, siempre que se trata de poner en claro y de presentar á la gratitud de los pueblos los inefables beneficios de que son deudores á la religion cristiana. Conviene demostrar que lo que ha regenerado el mundo no ha sido una idea lanzada como al acaso en medio de tantas otras que se disputaban la preferencia y el predominio; sino un conjunto de verdades y de preceptos bajados del cielo, transmitidos al género humano por un Hombre-Dios por medio de una sociedad formada y autorizada por él mismo, para continuar hasta la consumacion de los siglos la obra que él estableció con su palabra, sancionó con sus milagros, y selló con su sangre. Conviene por tanto mostrar esa sociedad, que es la Iglesia católica, realizando en sus leyes y en sus instituciones las inspiraciones y la enseñanza del divino Maestro, y cumpliendo al mismo tiempo el alto destino de guiar á los hombres hácia la felicidad eterna, y el de mejorar su condicion y consolar y disminuir sus males en esta tierra de infortunio. De esta suerte se concreta, por decirlo así, el cristianismo, ó mejor diremos, se le muestra tal cual es, no cual lo finge el vano pensamiento del hombre.

Y cuenta, que no debemos temer jamas por la suerte de la verdad á causa de un exámen detallado y profundo de los hechos históricos: que si en el vasto campo á que nos conducen semejantes investigaciones encontramos de vez en cuando la oscuridad, andando largos trechos por caminos abovedados donde no penetran los rayos del sol, donde sonoro el terreno que pisamos amenaza con abismos á nuestra planta, marchemos toda-

vía con mas aliento y brío; á la vuelta de la sinuosidad mas medrosa descubriremos en lontananza la luz que alumbra la extremidad del camino, y la verdad sentada á sus umbrales, sonriéndose apaciblemente de nuestros temores y sobresalto.

Entre tanto es necesario decirlo á esos filósofos, como á los protestantes, el cristianismo sin estar realizado en una sociedad visible que esté en continuo contacto con los hombres, y autorizada además para enseñarlos y dirigirlos, no sería mas que una teoría semejante á tantas otras como se han visto y se ven sobre la tierra; y por consiguiente fuera tambien, si no del todo estéril, á lo menos impotente para levantar ninguna de esas obras que atraviesan intactas el curso de los siglos. Y es una de estas sin duda el matrimonio cristiano, la organizacion de familia que ha sido su inmediata consecuencia. En vano se hubieran difundido ideas favorables á la dignidad de la mujer, y encaminadas á la mejora de su condicion, si la santidad del matrimonio no se hubiese hallado escudada por un poder generalmente reconocido y acatado. Las pasiones, que á pesar de encontrarse con este poder forcejaban no obstante por abrirse camino, ¿qué hubieran hecho en el caso de no hallar otro obstáculo que el de una teoría filosófica, ó de una idea religiosa no realizada en ninguna sociedad que exigiese sumision y obediencia?

No tenemos pues necesidad de acudir á esa filosofía estravagante que anda buscando la luz en medio de las tinieblas, y que al ver que el orden ha sucedido al caos, tiene la peregrina ocurrencia de afirmar que el orden fue producido por el caos. Supuesto que encontramos en las doctrinas, en las leyes de la Iglesia católica el origen de la santidad del matrimonio y de la dignidad de la mujer, ¿por qué lo buscaríamos en las costumbres brutales de unos bárbaros que tenian apenas un velo para el pudor, y para los secretos del tálamo nupcial? Hablando César de la costumbre de los germanos de no conocer á las mujeres hasta cierta edad, dice: "Y en esto no cabe ocultacion ninguna, pues que en los rios se bañan mezclados y solo usan de unas pieles ó pequeños zamarros, dejando desnuda gran parte del cuerpo" "*cujus res nulla est occultatio, quod et promiscui in fluminibus perluuntur, et pellibus aut rhenonum tegumentis utuntur magna corporis parte nuda.*" (César de Bell. Gall. L. 6.)

Heme visto obligado á contestar á textos con textos, disipan-

do los castillos aéreos levantados por el prurito de cavilar y de andar en busca de causas extrañas en la explicacion de fenómenos cuyo origen se encuentra fácilmente, apelando con sinceridad y buena fé á lo que nos enseñan de consuno la filosofía y la historia. Así era menester, dado que se trataba de esclarecer uno de los puntos mas delicados de la historia del linaje humano, de buscar la procedencia de uno de los mas fecundos elementos de la civilizacion europea: se trataba nada menos que de comprender la organizacion de la familia, es decir, de fijar uno de los polos sobre que gira el eje de la sociedad.

Gloríese enhorabuena el Protestantismo de haber introducido el divorcio, de haber despojado el matrimonio del bello y sublime carácter de sacramento, de haber sustraído del cuidado y de la proteccion de la Iglesia el acto mas importante de la vida del hombre; gócese en las destrucciones de los sagrados asilos de las vírgenes consagradas al Señor, y en sus declamaciones contra la virtud mas angelical y mas heroica: nosotros despues de haber defendido la doctrina y la conducta de la Iglesia católica en el tribunal de la filosofía y de la historia, concluiremos invocando el fallo, no precisamente de la alta filosofía, sino del simple buen sentido, de las inspiraciones del corazon (18).

---

## CAPITULO XXVIII.

---

AL enumerar en el capítulo XX los principales caracteres que distinguen la civilizacion europea, señalé como uno de ellos, "*una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y equidad, y de sentimientos de pundonor, y decoro, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaró de la corrupcion llegue al exeso de los antiguos.*" Ahora es menester explicar con alguna extension en qué consiste esa conciencia pública, cuál es su origen, y cuáles sus resultados, indagando al propio tiempo la parte que en formarla ha cabido, así al Protestantismo como al